

Eliécer Cárdenas

AMIGOS EN APUROS

Novela juvenil



ESQUELETRA
editorial

Amigos en apuros

© Eliécer Cárdenas, 2018

© Eskeletra Editorial, Quito, 2018

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Corrección: César Montalvo

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.) 1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-301-6

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

Eran dos jóvenes que se miraban de lejos. Él estaba en el extremo opuesto del coliseo al que asistía para mirar los juegos de un campeonato intercolegial de deportes. Ella también estaba allí como espectadora, pero lo que parecía unirles a la distancia era que ambos estaban solos, apartados del resto de compañeras y compañeros que asistían bulliciosos al encuentro, con banderitas y letreros con los que animaban a los respectivos equipos.

Sin saber por qué, el chico caminó con un andar vacilante hasta el lado opuesto de los graderíos, y como era tímido, se sentó más bien a distancia de la chica, que no vestía como las demás de su grupo, sino a la manera de alguno de los pueblos quichuas de la Sierra, túnica ceñida por una faja brillante de colores, una capita de lana sujeta por un prendedor plateado grande, y su cabello brillante lo

llevaba en una trenza gruesa anudada con una cinta. A él le pareció una joven agradable, y se extrañó que nadie la acompañara. A ella en cambio, el muchacho le pareció bastante crecido para su edad, casi un gigante, y también vio raro que no estuviera con los de su delegación colegial.

El encuentro estaba por terminar, y la chica decidió tomar la iniciativa. Se acercó al muchacho y le dijo

—¡Hola!, ¿puedo sentarme a tu lado? Me llamo María y creo que ambos estamos solos.

El chico casi se atoró con su propia respiración. Se puso muy colorado y apenas alcanzó a decir que sí, que se sentara a su lado.

—Creo que mudo no has de ser —observó con una sonrisa la joven.

El enrojeció más aún, se retorció las manos y ella trató de calmarlo pidiéndole que le dijera su nombre.

—Mmme lla... llamo... me... llamo Fabián y... y...

Se notaba que le costaba muchísimo esfuerzo pronunciar las palabras con la rapidez normal. Ella adivinó lo que le pasaba a Fabián.

—No te preocupes —le dijo—; habla nomás.

El chico se lo agradeció con la mirada. Era verdad, dijo con frases entrecortadas. Le costaba mucho hablar de corrido y sus compañeros de clases se burlaban de él, le decían que era un tonto, un tartamudo, y cosas peores. Prácticamente no tenía amigos porque, aunque había otros chicos que no se mofaban por su manera de hablar, él en cambio sentía una terrible timidez en acercarse a ellos, y cuando intentaba hacerlo en uno de los recreos, parecía que su lengua se iba a paralizar y entonces no podría articular una palabra.

—Yo no hablo como tú, pero también me siento sola —dijo María con un deje de tristeza.

—¿Y... por... qué? —preguntó Fabián.

—¿No me miras?

Fabián le miró y no le pareció nada mal. Tenía el rostro agraciado, un cabello abundante y muy negro. ¿Qué podía ir mal en ella?

—Me consideran diferente, o más bien inferior. Mis compañeras piensan que porque soy campesina y de un grupo diferente no puedo ser amiga de ellas. Se burlan a mis espaldas, pero algunas me dicen de frente que soy una indígena, que no debería estar en su

colegio sino cuidando vacas o borregos en mis tierras.

A Fabián le pareció injusto que trataran así a María sus compañeras, y la comprendió de inmediato: debía sentirse muy mal, menospreciada, aislada, solamente por pertenecer a un pueblo diferente.

—Igual que yo —dijo Fabián—; a mí me desprecian por mi manera de pronunciar. Y aa..ti... por... ser co... mo eres.

—Si, hay gente que todavía se cree con derecho a despreciar a los demás, a las personas que creen que no es de su condición social, de su color de piel. Y en tu caso, porque tienes un, cómo diríamos, un defecto.

Fabián le dijo que sus padres le llevaron desde pequeño donde varios médicos especialistas, que chequearon su laringe, revisaron sus cuerdas vocales y su lengua y no tenía nada físico que le impidiera hablar de corrido, con normalidad.

—Y, ¿entonces? —preguntó María.

Que los facultativos opinaban que debió sufrir algún trauma durante su niñez, pero él no recordaba nada que pudiera haberlo dejado tartamudo.

María consultó la hora en su iPhone, inmediatamente tenía que marcharse para

estudiar con una compañera que siempre le pedía ayudarla en las tareas.

—Ya sé —dijo levantándose y alisándose los pliegues de su faldón—, sí, ya sé que una no debería ayudar tanto a una vaga que no quiere estudiar, pero...

Se calló unos instantes, miró a Fabián y agregó:

—Es que yo quiero quedar bien con mis compañeras, para que no me vean tan mal. No sé si hago bien.

Fabián hubiera querido decirle a su reciente amiga que no valía demasiado la pena de congraciarse con quienes solamente se la pasaban fastidiándole a uno, que más bien ocurría lo contrario, porque creían que ayudarlos era una señal de debilidad o miedo, y redoblaban sus ataques. Pero no dijo nada porque le costaba trabajo armar unas frases muy largas. A lo mejor María se burlaba de él, como tantos.

Se despidieron. La miró alejarse. Pensó que María era también una víctima de sus compañeras de colegio, por considerarla diferente. Se dijo que por desgracia existen personas que miran cualquier cosa como algo inferior en un ser humano, sea por un defecto físico, o pertenecer a un pueblo diferente.

María desapareció por una de las puertas de los graderíos inferiores. Fabián se mostró contrariado que ni siquiera le pidió el número de teléfono a la muchacha. Solamente sabía que estudiaba en un colegio cercano. Pues iría allá y rondaría el sitio a la hora de salida de clases, por si volvía a encontrarla, decidió. María le pareció decididamente bonita, con ese traje tan lindo que le sentaba tan bien, aquella faja de lana que ceñía su cintura estrecha. ¿Qué pensarían sus compañeros burlones al mirarle en compañía de esa chica? *¡Bah!*, que pensarán lo que quisieran que bastante le fastidiaban con sus burlas para preocuparse por otra clase de mofas.

Fabián abandonó el coliseo y se encaminó a casa. Las clases se habían suspendido con el certamen deportivo. En ese momento, un bulto, una sombra, se escurrió entre él y el muro exterior del plantel y se precipitó a la carrera hacia la quebrada llena de malezas que circundaba el campo por el lado derecho del colegio. No alcanzó a verlo bien, era alguien que llevaba una chompa con capucha sobre la cabeza, pero por su manera de correr a Fabián le pareció alguien conocido. ¿Un compañero suyo?

—Qué raro —se dijo, y continuó camino a su casa, pensando en María, la chica que había conocido esa mañana.

Freddy llegó jadeando hasta la gruta formada por las malezas donde debía aguardarlo a no temerle a un pito de hierba y luego le pintó maravillas de los muchachos que andaban por los colegios vendiendo yerba, base, coca y otras sustancias con las cuales algunos muchachos y muchachas se las pasaban bien. “Son los mayores y la policía los que no quieren que los jóvenes nos divirtamos”, decía su amigo Cacho. Para qué hacerles caso. Fumarse un pito de yerba no estaba mal.

Cuando “Cacho” le invitó a que fuera a la guarida donde solía reunirse con otros chicos “de onda”, según dijo, Freddy tuvo miedo. “No te preocupes, le había palmeado en un hombro “Cacho”; “mis amigos son bacanos, ya lo verás”. Sin embargo, en un tono misterioso le indicó que no convenía que fuera con el uniforme de su colegio “tu sabes, los profes no entienden estas notas”, le manifestó, recomendándole que se camuflara con alguna prenda con capucha, con el fin de despistar.

La víspera Freddy no pudo dormir bien, pensaba que estaba a punto de ingresar a un mundo de aventura, donde los amigos de Freddy serían unos tipazos que se burlaban de las estrictas reglas de su familia y el colegio. Además, ¿qué de malo había en fumarse un pito de yerba de vez en cuando? Los adultos

eran unos aguafiestas, concluía revolviéndose en su cama.

Ese día fue con la prenda de camuflaje guardada en su mochila, y al final del encuentro deportivo abandonó el coliseo. En las duchas se puso la chompa con la capucha y salió rumbo al lugar de la quebrada donde tenía su guarida Freddy y sus desconocidos amigos. Por la prisa, casi chocó con el “Tartamudo” como apodaban a Fabián en clase. Con que ese tonto no me haya reconocido” se dijo mientras se hundía en las malezas de la cañada.

Pero en la cueva de ramas “Cacho” no se hallaba solo. Le acompañaba un tipo de más edad, joven pero bastantes años mayor.

—Pasa, chico —le incitó el sujeto—; choca esta mano, me llamo Eto.

¿Eto? ¿Qué clase de nombre era? Más parecía un apodo, pensó Freddy.

—Tranquilo —le animó su amigo “Cacho”—; Eto quiere proponerte una cosa.

Freddy empezó a sentir un ligero cosquilleo de temor. Ese Eto era mayor a ellos y parecía un sujeto que no estudiaba para nada y en cuanto a trabajar, era dudoso, aunque vestía bien a la moda, y se veía a las claras que disponía de dinero.

—Hace un poco de frío aquí —dijo Eto al tiempo que abrió el cierre de su chaqueta y

sacó una botella de licor—; vamos a abrigarnos, ¿quieres un trago?

Freddy estuvo a punto de rechazar la invitación. Algunas veces había probado licor, pero no le gustaba mucho porque empezaba a marearse, las imágenes solían volverse borrosas, y su aliento olía tanto a alcohol que las personas parecían apartarse de su lado. O a lo mejor eran solo figuraciones suyas.

—No seas zanahoria —se burló su amigo Cacho y cogió la botella que ofrecía Eto para zamparse un buen trago—; ¿ves? No pasa nada. No te vas a envenenar, o ¿eres un flojo?

Molesto por el comentario de su amigo, Freddy agarró la botella y también se zampó un buen bocado de aguardiente que le supo a diablos, pero consiguió disimular mientras sentía que la garganta y el estómago le quemaban.

—Así me gusta, buen muchacho —Eto le palmeó la espalda y lanzó una carcajada—; bien, quiero proponerles un buen negocio. Imagino que siempre andan alcanzados de plata.

—Sí —dijo “Cacho”—; mis papás no me dan más que una miseria como mesada. Claro, ellos trabajan pero no les alcanza el dinero, por eso me ruegan que si no estudio, me consiga un trabajito, y aquí estoy.

—Claro que sí, “Cacho”, vas a ganar buena plata conmigo. Pero vamos a necesitar a nuestro amigo —dijo Eto señalando a Freddy.

—¿Quieres otro traguito? —preguntó “Cacho” a Freddy, que no pudo rehusarse y tomó nuevamente la botella. Se sentía extraño, empezaba a marearse.

Bebió el nuevo sorbo de licor y ya no le pareció tan horrible como el primero.

—Sé que eres un tipo valiente —le dijo Eto—; “Cacho” me ha contado que en tu colegio eres el más pilas, que los profes te tienen miedo y tus compañeritos te respetan.

Estaba claro que intentaba halagar su vanidad. Freddy se sintió como un campeón al escuchar esas palabras lisonjeras y ante una nueva invitación a beber de la botella, la aferró sin titubear y se zampó un nuevo bocado.

—Nosotros vendemos mercancía... yerba, base, coca, esas cosas, y necesitamos un amigo que haga el trabajito en tu colegio, porque hay muchos alumnos que nos los piden, pagan bien, pero no es fácil andar por los exteriores del plantel porque los polis, están sobre aviso. ¿Entiendes?.

Claro que comprendía lo que Eto le estaba proponiendo. Con el licor en sus venas, se

sentía una especie de campeón, imbatible y valiente. Nadie podía con él.

—Si vendes la mercancía en el colegio, te ganas una buena comisión —ahora Eto le brindó un cigarrillo de marihuana, que Freddy empezó a fumarlo. Se sentía flotar entre nubes.

—Anímate, pana, —le codeó a su lado “Cacho”, su amigo—; yo vendo la “merca” en las plazas y parques de nuestro barrio, y me va bien. En un día me hago, qué se yo, unos cincuenta dólares, y el trabajo es de lo más fácil, si uno se porta pilas y disimula, claro.

¿Debía aceptar o no? A pesar del licor y la droga, algo le advertía a Freddy en su interior que no se metiera en ese negocio, podía irle muy mal. Pero su sensación de valor y de iniciar una aventura pudo más.

—Está bien, acepto, dale —dijo Freddy.

—Choca esas manos —se alegró Eto—; verás que te va a ir bien en nuestro grupo.

Cuando abandonó la cueva de ramas, Freddy se despejó un poco con la brisa que soplaba en la quebrada. En sus bolsillos tenía la droga que Eto le había entregado: varios cigarrillos de marihuana y unas cuantas funditas con coca. Debía comercializarlas desde el día siguiente. Eto le había indicado los trucos y señas que debía seguir cuando un

“contacto” como él dijo, se acercaba a él para comprarle la mercancía. “Es un lenguaje que solo pueden saberlo los que están en la onda”, le aclaró. Movimientos de manos, señas con la cabeza, palabras claves, cosas así que él debía recordar siempre para no equivocarse.

Conforme caminaba hacia su casa, cuadras y más cuadras, el ánimo de Freddy iba cambiando desde la euforia que sintió al aceptar el trato con Eto hasta un temor por lo que podía pasarle.

Cuando llegó a su domicilio, sin embargo estaba resignado. Había dado su palabra de meterse al negocio, y no podía volverse atrás. Qué pensarían de él, lo llamarían cobarde, Cacho dejaría de ser su amigo, y justamente amigos era lo que Freddy menos tenía en la vida. Los compañeros del colegio no pasaban de ser eso, compañeros con los cuales compartir travesuras, bromas, nada más.

Y en su casa se sentía siempre tan solo, su madre en el trabajo de la oficina, su padre que se separó de ellos y que solamente llegaba a verlo de vez en cuando, en su coche y le llevaba a dar unas cuantas vueltas, le invitaba una pizza, un hot dog, un helado, y hablaban tan poco en aquellos encuentros porque su papá parecía que lo veía solo como una obligación. Qué triste se quedaba cuando el auto de su

padre se alejaba después de dejarlo en la puerta de su casa.

Al llegar se encerró en su cuarto, sacó los envoltorios de yerba y las fundas de coca, las puso sobre la cama y se quedó mirándolos.

“Me haré rico”, pensó para animarse, pero lo cierto es que el ánimo de Freddy volvía a estar por los suelos.

María, la recientemente amiga de Fabián, el chico que tenía problemas al hablar, debía ir donde su compañera Wendy para ayudarla en unos trabajos de química de clases. Por cierto, Wendy era una de las que a escondidas despreciaba a María por su origen étnico y sus ropas, su manera de hablar y el color de su piel, pero a la hora de solicitarle un favor era la primera en pedírselo. María no tenía problemas en ayudar a la que se lo pidiese, sin importarle mayormente lo que pensarán de ella. Manuel, el papá de María, quien era dirigente en su comunidad, solía decirle que al desprecio y al racismo no se debía responder con lo mismo, sino demostrando que esos prejuicios no podían tener cabida en los tiempos actuales.

—Mucho han sufrido nuestros pueblos, hija, durante cientos de años, cuando ni siquiera podíamos estudiar y nuestras costumbres y el idioma que hablamos eran objeto de burlas

y menosprecios. Enseñemos a quienes todavía nos consideran inferiores, que nosotros podemos ser igual o mejores que ellos en muchísimas cosas.

Y María consideraba sabias las palabras de su padre, quien había conseguido estudiar en una época de mucha mayor dificultad para hacerlo por parte de la gente de su pueblo.

María se hizo merecedora de una beca por su capacidad demostrada en los estudios, y era una de las mejores alumnas de su curso. Wendy la llamó esa mañana para decirle:

—Oye, mi amiga, quisiera que me hagas el favor de ayudarme en el trabajo de química que tenemos que presentar mañana a primera hora. No me entran las fórmulas. Ven a mi casa, te invito algo rico y me ayudas con el trabajo. Porfis. ¿Estamos?

Y María respondió sí a Wendy, no para contrariarse y quedar bien con ella, peor para demostrar que era buena estudiante y sabía al dedillo las fórmulas químicas del trabajo, sino porque su carácter era bondadoso. Antes de la hora indicada, salió de la residencia para estudiantes de los pueblos nativos donde vivía en la ciudad, y fue a casa de Wendy, ubicada en un barrio de cierto nivel y elegancia, con bonitas casas que ostentaban jardines cuidados.

Timbró en la puerta, y salió Wendy en persona, que la recibió con un sonoro beso en la mejilla y palmaditas en la espalda.

—Pasa, querida, estaba esperándote —le invitó a ingresar a su casa.

—Quieres servirte algo, amiga, antes de la tarea? Bueno, veamos, tengo un riquísimo yogur de fresa. ¿Quieres?

María dijo que sí, Wendy la llevó al comedor y sacó de la nevera un tarro de yogur. Al pasar junto a su compañera con el recipiente en las manos, dejó caer una porción del contenido sobre la falda de María.

—¡Qué horror! No sé qué me pasó —se disculpó Wendy y tomó una servilleta para pasarla por la prenda manchada con el espeso líquido, pero en lugar de limpiarlo, la mancha se extendió más todavía.

Lo hizo a propósito, pensó María. No le gustaba ser mal pensada, pero era tan evidente que Wendy dejó caer el yogur a propósito. No era una buena actriz.

—No te preocupes —dijo María y se levantó de su asiento sin dar importancia a lo sucedido.

Wendy, que parecía muy apenada, no la llevó por la sala donde había visitas, sino por un pasillo hasta su cuarto.

—Ya vengo, amiga, quedas en tu casa
—Wendy salió deprisa porque según dijo era muy educada y debía antes saludar a las visitas que tenía su madre.

Como la puerta del cuarto había quedado abierta cuando salió Wendy, María pudo escuchar perfectamente el diálogo entre su amiga, o supuesta amiga más bien, y las visitas.

—Wendy, veo que has traído a una amiguita indígena.

—No, señora Diana, no es mi amiga. Es la hijita de una sirvienta del barrio a la que quiero ayudarle en unos deberes de su colegio. La pobre no sabe hablar ni siquiera bien el español.

—¿Así que tú ayudas a esa pobre muchacha?

—Por supuesto, tengo muy buen corazón. A la gente inferior hay que darle una mano, ¿no le parece?

Aquel diálogo que pudo escuchar María le causó profunda indignación

Wendy era una hipócrita, una racista y una mentirosa. Si fue ella quien le pidió ayudarle en las tareas. Y lo del yogur derramado, era seguro que lo hizo a propósito, con el fin de humillarla y dañar su falda. Siempre Wendy le decía que esas prendas de su comunidad debían ser incómodas,

que olían mal, que lo mejor que podía hacer era tirarlas y vestirse “como lo hace la gente normal”. ¿Consideraba Wendy que ella y su pueblo no eran seres normales? En realidad, muchas chicas en su colegio debían pensar como ella, solo que no lo manifestaban, aunque sus actitudes hacia María eran de desprecio más o menos disimulado, a pesar de que los maestros y maestras insistían en que había que dejar de lado todo sentimiento negativo, sea de superioridad o de posición económica, que las personas eran iguales y no se debía discriminarlas por ningún motivo. María comprendía que ciertas actitudes venían de los hogares de las compañeras, y ellas en cierto modo no tenían la culpa por haber crecido en unos hogares donde se sentían superiores por cualquier tontería.

Wendy regresó amabilísima y María fingió que no había escuchado para nada las mentiras que dijo acerca de ella. Se contenía los deseos de encararla y señalarla su mal proceder, pero pensó que no era el momento adecuado para hacerlo. Estaba en casa de Wendy y a lo mejor encarándola podía empeorar las cosas, así que se limitó a ayudarla en los deberes de química.

—Gracias, María, eres muy buena —dijo Wendy cuando terminaron las tareas.

—No es nada —respondió María—; creo que todas debemos ayudarnos cuando lo necesitamos.

—Claro, claro —afirmó Wendy. Parecía que, una vez terminadas las tareas con la ayuda de María, lo que más deseaba era que ella se marchara.

A fin de fastidiarla un poco María se quedó un rato más, simulando interesarse en alguna de las revistas de modas y belleza que Wendy poseía a montones en su habitación.

—Ningún maquillaje te quedaría bien con la ropa que llevas —le censuró Wendy.

—No creo que a nuestra edad debamos usar maquillaje —expresó María.

—Qué anticuada eres —le articuló con una mueca su compañera.

—Bueno, un poquito talvez —accedió María.

—Qué hacen en tu pueblo? —inquirió la presumida Wendy—; me imagino que cultivan la tierra, crían gallinas, eso.

—Claro —respondió María—. Cultivamos la tierra, criamos animales para dar de comer a la gente de las ciudades, pero tenemos algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—Nos ayudamos siempre unos a otros. Si alguien necesita un apoyo para trabajar en

sus cultivos, todos vamos a ayudarlos. Eso se llama minga, en nuestro idioma.

Wendy jamás había escuchado esa palabra.

—Bueno, amiga, mi mamá me necesita. Chao —la despidió sin miramientos.

Al salir de casa de Wendy, María pensó que en algunos momentos su compañera se portaba rara, como impaciente y agitada. Y de fijo que no se concentraba en las tareas. En clases siempre parecía estar pensando en otra cosa, la mirada perdida, mordisqueando la estilográfica o el lápiz. ¿Qué le pasaba a Wendy?

María por supuesto ignoraba que Wendy, su condiscípula, no podía apartar de la mente aquella noche en que unas amigas de su prima, a las que conoció en una fiesta familiar, la invitaron a una “caída”; es decir, a una fiesta clandestina donde las chicas y chicos menores de edad podían beberse unos cuantos tragos, fumar cigarrillos y divertirse, oponiéndose a las prohibiciones de los padres.

—Allí en esas fiestas nos la pasamos chévere —le decía una de las amigas de su prima—; no como aquí que nos dan a beber jugo de naranja. ¡Fuchi!, qué asco. Una necesita algo más fuerte que esos zumos para bebés.

—Y qué bestial es ir a esas “caídas” con los chicos, se las saben todas, te digo. Por ejemplo, si al regresar a tu casa no quieres que te huelan el aliento a alcohol, masticas un par de pasas y luego chupas un caramelo de menta. Infalible. El olor del trago desaparece.

Que las amigas de su prima eran unas avispadas, que se las ingeniaban para ir a esas fiestas. A Wendy le entró la curiosidad. No estaría mal ir a una de esas “caídas”. Claro, solo para ver lo que allí pasaba, y un poco por el gustito de asistir a una fiesta clandestina, prohibida. Wendy lo pensó con letras mayúsculas “PROHIBIDA” y sintió un cosquilleo en el estómago.

—Si quieres te llevamos —invitó una de las amigas de su prima.

—Siempre que vaya mi prima —dijo Wendy.

Las otras hicieron un gesto de fastidio.

—¡Huy!, ni se te ocurra. Es una noria. Fíjate ahora le ve muy feliz repartiendo a sus invitadas el pastel de cumpleaños.

Y todavía se aguardara las catorce velitas, ja ja.

Por lo visto, aquellas amigas de su prima no la apreciaban mucho a ella. Claro que su prima era un poquito sosa, convencional y obediente con sus padres.

—¿Cuándo van a una de esas... caídas?

—quiso saber Wendy, picada por la curiosidad.

—El sábado que viene, a eso de las once de la noche, cuando empieza la diversión —guiñó un ojo de forma pícara una de las amigas.

El día sábado, Wendy solicitó a su mamá que le diera permiso para ir donde las amigas de su prima Marcela.

—Recién los conoces y eres íntima de ellas —dijo su madre.

—Es que son chéveres, muy simpáticas, me invitaron a casa de una de ellas. Por favor, mami, ¿sí?

Luego de rogarle un buen rato, la mamá accedió, pero con la condición de que volviera antes de las once de la noche.

—Porque soy muy buena contigo —le dijo la mamá recibiendo un beso de despedida de parte de su alborozada hijita.

—Chao, le dices a mi papi que no me demoro.

Llena de expectación, Wendy se encontró en un sitio de antemano convenido con las amigas. Estaban en compañía de unos chicos, uno de los cuales a Wendy le pareció bastante guapo, con sus cabellos erizados y sus ojos soñadores.

Fueron hasta una casa de aspecto común y corriente. Timbraron y salió un sujeto adulto.

—Venimos a la fiesta de Rita —dijeron las amigas en lo que parecía una contraseña convenida.

—Son tres dólares por cabeza —dijo el tipo extendiendo una mano.

—Las chicas no pagan —intentó que pasaran gratis uno de los muchachos que venía con ellas.

—Nada, tres dólares por cráneo.

Pagaron e ingresaron. En el interior se escuchaba música trepidante, y había una iluminación tenue. En varias mesitas había muchachas y muchachos, que al parecer bebían disimuladamente.

Uno de los acompañantes de las chicas fue hasta el bar y regresó con varias copitas.

—Pruébenlas, están riquísimas —ofreció a las jóvenes.

Las amigas de Wendy lo hicieron de inmediato, y comentaron “qué rico”. Ella no se decidía. Jamás había probado licor. Sus padres decían siempre que los jovencitos no deben probar ni una gota de aguardiente, ron, cerveza o lo que sea.

—*iAy!*, no seas aguafiestas. Tómate ya —le insistían las amigas.

Venciendo el recelo, bebió la copa. Le ardía la garganta, estuvo a punto de devolver el líquido ingerido, que le supo horrible.

—Es que no está acostumbrada —expresó el chico que le agradaba.

—Llévenme a mi casa —suplicaba ella al borde de un malestar que iba ganando su cuerpo.

—Nada de eso, chica—pronunció el amigo que le gustaba—; ahorita voy donde sirven y te hago preparar un coctel muy suavecito, verás como se te pasa el malestar.

El chico regresó con una copita y persuadió que Wendy la bebiera. Por no quedar mal con él, accedió a tomársela. Sí, estaba menos desagradable y se la pudo bebió.

Al rato sintió más animada. Las mejillas le cosquilleaban con un calorcito que se volvía cada vez más agradable, entre tanto el chico guapo la sacó a bailar y estuvieron un buen rato moviéndose al compás de la música. El muchacho le ofreció un nuevo trago, igual de suavecito, que le hizo sentirse perfectamente bien. Más aún, ya no estaba arrepentida por haber ido a esa “caída” como al principio.

—Todo es cuestión de acostumbrarse, de tomarle el gusto a los tragos —le manifestó una de las amigas.

—Tomarse un par de copitas es bestial, ya lo ves —le dijo la otra mientras se bebía un buen coctel, de los que justamente a Wendy le había hecho sentirse tan mal.

—No olviden, nos quedamos hasta las doce —advirtió ella.

—Charo, claro, no te preocupes, si no somos ningunas viciosas. Nos gustan las “caídas” para divertirnos, pero sin propasarnos.

Eso de “sin propasarnos” le pareció muy bien a Wendy, que conforme avanzaba la fiesta dejaba a un lado sus temores y ya no pensaba en que había algo que la tenían terminantemente prohibido tanto en su casa como las maestras y maestros en el colegio.

Cómo haría el ridículo la María en esta fiesta, con las ropas que usa, se burló para sus adentros Wendy cuando bebió la última copa, antes de volver al baile con el chico.

Así, llegaron las doce de la noche. Asustadísima, Wendy pidió a sus amigas que se marcharan. Al principio ellas no querían, pero Wendy insistió tanto que accedieron a marcharse. Wendy se metió en la cama no bien llegó. Había subido los escalones tambaleándose y aferrándose al pasamanos por temor a caerse. Por suerte, sus padres dormían a pierna suelta, completamente ajenos a la experiencia de su hijita.

Despertó con un horrible dolor de cabeza y un tremendo malestar en el estómago. No

probó bocado en el desayuno y dijo a su papá y a su mamá que la fiesta había estado muy bonita.

—¿Me dejarás ir otra vez son mis nuevas amigas? —preguntó Wendy.

A pesar de lo mal que le cayeron esos tragos, Wendy pensó que se sintió bien con ese bienestar y calorcito que procuraban los tragos. “La próxima ocasión te harán menos estragos los coctelitos”, le habían dicho entre risas sus amigas. Claro, iba a volver a esas fiestas de “caída”, se prometió Wendy, aunque el malestar tardó en pasarle aquel día.

